

to de mútuas felicitaciones, se reunieron en la mesa, ocupando en ella los lapones de las cabañas inmediatas un lugar distinguido. Cornelisz traía consigo cerveza de Rostoch, vino y aguardiente de Francia, diversas especies de carnes y pescados, tocino, azúcar, y todo lo que podía ser útil y convenir á hombres aniquilados por el hambre y las privaciones.

La lancha y la escuta tomaron el rumbo de Koola. El 2 de Setiembre, entre siete y ocho de la noche, entró en la ciudad la tripulación de Heemskerke, fraternizando con la de Cornelisz Ryp.

Heemskerke obtuvo del gobernador de Koola por el czar, permiso de trasladar á los arsenales rusos las dos embarcaciones que habian salvado á su tripulación y á él mismo, en prueba y testimonio de su estraña navegacion.

El 15 de Setiembre se embarcó con su gente en el navío del capitán Cornelisz; el 18 salieron del rio para regresar á Holanda, á donde arribaron el 29 de Octubre.

El 1.º de Noviembre desembarcaron en Amsterdam con los mismos trages que vistieron en Nueva Zembla, y con los mismos gorros de pieles de forro blanco con que se defendieron de la intensidad del frio.

Entre todos componian el número de doce: *Jacobo Heemskerke*, capitán; *Pedro Peterson Vos*, *Gerardo Veer*, *Juan Vos*, cirujano; *Jacobo Janson Sterenburg*, *Leonardo Henry*, *Lorenzo Guillelmo*, *Juan Hillebrantson*, *Janson Hoochvout*, *Pedro Corneille*, *Juan de Buisson* y *Jacobo Evertson*.

II.

HISTORIA DE CUATRO MARINEROS RUSOS ABANDONADOS EN LAS ISLAS DE SPITZBEG.

Un traficante de Mesan, ciudad de la provincia de Jugovia, en el gobierno de Arcángel, armó en 1743 una embarcacion para ir al Spitzberg á hacer la pesca de la ballena: la tripulación del buque constaba de catorce hombres.

Los ocho primeros dias fueron de navegacion felicísima, pero el noveno sopló tan de recio el viento de Oeste, que impelió el barco hácia el Este, echándole inopinadamente á vista de las tierras de Spitzberg. Allí no tardó en verse totalmente rodeado de hielos, y se temió por su conservacion; mas á pesar de todo resistió sin averías la presion de los grandes témpanos, que unos sobre otros hacian deslizar y amontonar al rededor del buque la fuerza del viento y de las corrientes. Libres de este primer peligro, se hallaron nuestros espedicionarios aprisionados en medio de una estension de hielo cuyos límites escedian los de su horizonte. Fácilmente se convencieron de que ningun esfuerzo humano era suficiente á arrancarles de aquella forzosa inmovilidad; era, pues, necesario aguardar á que el mar estuviese libre, lo cual podría tardar mucho tiempo; tal vez diferirse hasta el año siguiente.

El contraestre Alejo Himkof recordó entonces haber oido decir que algunos habitantes de Mesan habian construido algunos años antes, en aquella tierra inhospitalaria, un chozo á cuyo abrigo pudieron resistir un invierno. La esperanza de encontrarlo reanimó el espíritu de los marineros, que decidieron abandonar el barco para retirarse á aquel especie de refugio, si llegaba á darse con él. La suerte designó á cuatro hombres que debian practicar la exploracion: estos fueron Alejo Himkof, Esteban Scharapof, Teodoro Waragen y un yerno del contraestre. Proveyéronse de cuanto creyeron necesitar para preservarse del frio y del hambre, atendiendo á que la espedicion era penosa, porque tenian que caminar un trecho muy considerable por encima de masas de hielo, no tan solidificadas cerca de tierra que dejara de imprimirles aún las olas, algun movimiento. Estas ondulaciones hacian aún el tránsito mas peligroso y difícil. Sin embargo, llegaron felizmente á tierra, y á poco mas de media legua de la orilla divisaron la cabaña, muy deteriorada á causa de las injurias del tiempo: en ella tuvieron que resignarse á pasar la noche, aunque sin poder dormir, porque la intensidad del frio les obligó á permanecer en movimiento. Afortunadamente, durante el estío, las noches en aquellas regiones son muy cortas; así que dos horas despues de ocultarse el sol apareció de nuevo en el horizonte, y con su presencia cobró esperanza el corazon de nuestros marineros abatidos por el padecimiento y por la influencia de las sombrías ideas que infunde siempre la oscuridad.

Apenas fué de dia, salieron de su retiro y se examinaron al sitio mismo en que tomaron tierra; mas en vano buscaron sus ojos por todas partes el barco que los habia conducido hasta aquellos lugares; el mar estaba libre; durante la noche habia soplado un violento huracan de la parte del Este, que habia dispersado los hielos, y que sin duda destruyeron la embarcacion porque jamás se ha vuelto á tener noticia de ella. Una estension de agua sin límites se desplegaba tan solo á los ojos de los cuatro desgraciados exploradores.

Prolongados padecimientos y una muerte mas ó menos próxima era la perspectiva que se ofrecia á su consideracion. ¿Tal vez su situacion era preferible á la en que se vieron sus compañeros al sucumbir? Nadie habia que no escogiera pertenecer á los que habian dejado de existir.

El primer sentimiento unánime en los cuatro fué el abatimiento y la desesperacion, pero despues, el deseo de vivir les infundió un poco de energía, y con ella la esperanza en el corazon. Se remitieron, pues, á la voluntad divina, y resignados con este propósito, decidieron hacer cuanto pudieran por merecer sus favores. Desde luego decidieron habilitar la cabaña en lo posible, cubriendo las grietas con musgo, de lo cual tenian abundancia en su derredor; habilitacion á que se dedicaron con ardor, persuadidos de su urgencia, pues que el frio podia hacerles perecer durante el sueño.

Por mas cerrado que trataron de poner aquel asilo, comprendieron que les era menester adquirirse fue-

go si habian de resistir á los rigores eternos de aquel suelo de nieve y de hielo; para este fin, por ninguna parte que estendian la vista divisaban mas que una esterilidad aterradora. Aquella tierra no producía árboles ni arbustos, por lo que no fué ya cuestion entre si estaban destinados á perecer helados así que las noches comenzasen á ser mas prolongadas y de consiguiente mas frias. Abismados en tan tristes reflexiones vagaban á orillas del mar, único sitio á que les impelia un átomo de esperanza, y esto les hizo da con algunos despojos de barcos y con troncos de árboles arrastrados por los rios de Asia, de Europa y de América, que confunden sus aguas en el mar Glacial Artico.

Este hallazgo les suministró leña en abundancia; en algunos palos y fragmentos de buques hallaron clavos y pedazos de hierro que les fueron de grande utilidad. Al abandonar su barco habian traído consigo un poco de pólvora y un fusil, el cual se confió al mas diestro tirador de los cuatro, encargándole la mayor prevision y que no disparara sino con entera seguridad. El cazador correspondió á la confianza de sus desgraciados camaradas, puesto que no poseyendo municiones mas que para doce cargas, se procuró doce rengíferos. Sin embargo, á pesar de la caza y del esmero en economizar los víveres, tocaban ya estos á su fin.

Los cuatro desgraciados se miraban de nuevo con espanto, recorrian las orillas del mar y todos los puntos accesibles de la isla, con la esperanza siempre de hallar recursos improvisos. El tiempo volaba, el verano iba pasando, las nieves se derretian é inundaban los valles con torrentes que arrastraban los hielos de las orillas, en tanto que las alturas conservaban su aspecto de invierno.

Algunas plantas de ninguna utilidad florecian y daban sus frutos en pocos dias. En este triste clima en que la muerte reina como soberana absoluta, parece la vida apresurarse á gozar un triunfo efímero.

La tierra desembarazada de nieve durante estos cortos instantes de fecundidad, se cubre de musgo, pasto habitual de los rengíferos; los osos blancos andan en su derredor para darles caza, pero casi siempre se libran de sus garras por la rapidez de su carrera. Nuestros pobres marinos, que no poseian el recurso de la huida, tenian que estar siempre muy vigilantes contra estos feroces enemigos. Con el auxilio de un garfio que habian hallado en un palo de barco arrojado por el mar, desenterraron una raiz larga y flexible, con la que trataron de formar un arco, perfeccionándole con sus cuchillos: carecian de cuerda y desgraciadamente tambien no les habia ocurrido la idea de proveerse de un arma de esta naturaleza en tiempo de la abundancia de rengíferos: no les hubiera sido difícil fabricar una cuerda con nervios ó con tripas, pero desistieron de este proyecto para ocuparse tan solo de adquirirse una lanza con que defenderse, y hasta con que atacar á los osos blancos. A estos era mas fácil acercarse que á los rengíferos que huían apenas sentian ruido, en tanto que los primeros, hambrientos casi siempre, rondaban al rededor del chozo. A pesar de todo aún tuvieron que discurrir mucho antes de poder apro-

vechar para su objeto el hierro que Dios habia puesto en sus manos; carecian de tenazas y martillo, y esta primera dificultad ecsigia muchos dias de ensayo. Despues de algunas pruebas escogieron un trozo de basalto (1) que les sirviera de martillo: transformaron en tenazas un par de cuernos de rengífero; pusieron al fuego el garfio, le enderezaron, aguzaron la punta, y enlazaron por medio de carreras sacadas tambien de las pieles de rengífero, á una rama de árbol arrojada á la playa por las olas.

Al cabo de cierto tiempo se encontraron poseedores de los elementos necesarios á la fabricacion de una segunda lanza: entonces recorrieron los valles para cazar al acecho zorros azules y rengíferos, pero esta industria les fué poco fructuosa; y sin la facilidad de acometer á los osos blancos que se atrevian ó esperarlos, hubieran sido sus nuevas armas de muy poca utilidad: la muerte hubiera sido el único refugio contra los padecimientos del hambre.

Su primer combate fué largo y peligroso; pero acabaron por derribar el oso á sus pies atacándolo de frente con las lanzas y por los costados con los cuchillos. Este triunfo despertó en su corazon el sentimiento del agradecimiento, dando por él gracias al cielo como de un beneficio inmenso. Trasladaron el animal á la cabaña, donde le despojaron y disecaron minuciosamente sus carnes, despues de subdividirlas en trozos pequeños, esponiéndolas á una corriente de aire, hecho lo cual las depositaron en parage donde no estuvieran tan preciosas provisiones al alcance de los zorros y de los osos. Sin embargo, el olor de estas materias animales fué un cebo que les suministró mas de una ocasion de combatir y matar algunas de aquellas fieras: algunas veces se congregaban tantas, que hasta cierto punto les fué posible escoger para combatir aquella de entre todas que les parecia de mejor despojo ó de mas seguro écsito. A pesar de todo ecsigia esta caza una paciencia que solo el hambre es capaz de infundir, porque tenian que esperar mucho tiempo para que cansados los osos de dar vueltas alrededor del chozo se pusiesen en retirada, y entonces atacar al que de entre ellos se retardaba mas, quedando aislado. Todo esto era menester, á causa de que hubiera sido imprudente acometer á ninguno de aquellos animales en presencia de los demas.

Al disecarse las carnes del primer oso que mataron, observaron que los tendones se dividian con facilidad en filamentos muy delicados, despertando de nuevo esta circunstancia la idea de construirse arcos; se dieron entonces á forjar puntas de flecha de los clavos; adaptaron plumas de pájaros marinos al extremo de sus flechas; el mar les proporcionó trozos de madero de que se fabricaron arcos, con lo que á partir desde este momento, creció su confianza, pues disminuyó el temor de morir de hambre, ó de ser devorados en uno de aquellos combates peligrosos que se veian obligados á sostener á cada momento. En muchas ocasiones fué atacado el chozo, y en todas se defendieron y mataron algunos osos.

Los primeros rengíferos que tropezaron cayeron

(1) Piedra filadiana, producto de volcanes antiguos.

bajo sus tiros, asciendo á doscientos cincuenta los que mataron durante su permanencia en Spitzberg, además de que un gran número de zorros. Observaron también que frecuentaban estas playas durante el verano las morsas (1): acercábanse á estos animales durante el sueño y los sorprendían y mataban.

Antes de que llegara el tiempo en que la oscuridad fuese perpétua, trataron de investigar los medios de proveerse de luz: para este fin escogieron una especie de tierra que parecía un poco arcillosa, y fabricaron una lámparilla: la llenaron de grasa de renjifero, é hicieron una mecha de filachos de hilo. Esta lámparilla dejó filtrar la grasa hasta el punto de deshacerla; lo que hizo necesario fabricar otra que endurecieron al calor y que sumergieron aún roja en la especie de vasija en que habían puesto agua y harina al punto del engrudo.

Cuando comenzaron á faltar estos materiales porque sus lámparillas debieron arder seis meses consecutivos, utilizaron sus camisas y vestidos, pues es inútil advertir que hacia mucho tiempo que se cubrían con pieles de renjifero y de zorro.

He aquí como preparaban y curtían aquellas pieles: empapaban las de renjifero en agua fría, dejándolas dentro de ella hasta que se pelaban; entonces frotaban estos cueros húmedos hasta dejarlos casi secos, y los untaban con grasa que penetraba en el cuero á fuerza de frotamiento: de esta manera las ponían suaves y flexibles. Un pedazo de clavo hacia el papel de aguja, y los nervios mas delgados de los renjiferos servían en vez de hilo.

De este modo vencían aquellos desgraciados con su valor é industria los numerosos obstáculos que una casi carencia y el rigor del clima oponían á la conservación de su existencia, y sin embargo, á pesar de haber logrado ponerse al abrigo de una muerte inmediata, no podían sino con terror y desaliento dirigir una mirada al porvenir: sus trabajos y peligros debían renacer á cada paso, y no podían, además de lo que les atormentaba la idea, el pensar en su suerte cuando se debilitaran sus fuerzas por efecto de enfermedades que no faltarian, atendido el sin número de causas físicas que les combatían por todas partes amenazando quebrantar su constitución; y también lo que sería de los que sobreviviesen cuando la muerte arrebatara á alguno ó algunos de ellos, disminuyendo de este modo sus medios de acción, y de consiguiente los de combatir las bestias feroces. Al principio, llenos de salud y alentados por la esperanza, pudieron soportar las penalidades de una vida tan miserable y trabajosa; pero su espíritu iba decayendo á impulsos de su debilidad física, creciendo el desánimo á medida que perdían las esperanzas. El mas desgraciado de todos era Alejo Himkof, que había dejado en su país una esposa y dos niños; hablaba de ellos sin cesar, y sin cesar su imaginación le trasladaba en medio de esta familia que tan sentidamente echaba de menos: el desgraciado lloraba amargamente sin que sus compañeros

(1) Las orillas del mar abundaban en despojos de esta naturaleza.

de infortunio encontraran ni aún palabras con que consolarle.

Los padecimientos morales no producían una impresión menos profunda y desfavorable sobre su constitución que las duras privaciones y penalidades á que se veían espuestos: Teodoro Weragen cayó enfermo y se agravó rápidamente y sucumbió á poco. Sus camaradas escucharon sus quejidos sin recurso alguno que le pudiera aliviar, y sin esperanza de salvarlo. Su muerte produjo un sentimiento difícil de explicar, porque naturalmente inclinó este suceso á pensar cada uno en su propia suerte, teniendo por dichoso al que sucumbía primero si estaba determinado que pereciesen todos allí. Trasladaron los restos de Teodoro á una altura inmediata enterrándolo en la nieve, tan hondamente como les fué posible, á fin de sustraer su cadáver de las fieras.

Este triste acaecimiento ocurrió durante el invierno de 1749; en el 15 de Agosto del mismo año fueron salvados aquellos desgraciados y sustraídos al triste fin que pareció anunciarles el de Teodoro Weragen.

Un día en que el cielo estaba encapotado y que combinada á la melancolía de sus pensamientos la tristeza de que parecía cubrirse la naturaleza, vagaban por las orillas del mar, hácia el medio día se despejó el cielo, inundando de claridad cuanto abarcaba su vista; repentinamente quedaron asombrados al divisar un barco que se hallaba á una legua de tierra. Al principio temieron dar crédito á sus ojos; unos á otros se preguntaban si sería una ilusión de sus sentidos, poniéndose así al abrigo de una inflexible y tremenda realidad: se consultaban si las vergas que se descubrían á través de un resto de niebla serían una especie de fantasmagoría que se ofrecía á sus ojos, si sería otra cosa mas que alguna columna de agua que las ballenas lanzan al aire casi al estado de vapor (1). A pesar de estos justísimos temores, de allí á corto tiempo se purificó del todo la atmósfera, vieron clara y distintamente una embarcación; el arranque de su alegría fué estremado, y sobrenatural la energía que les infundió. Con la rapidez de renjiferos subieron á lo alto de los cerros y en un abrir y cerrar de ojos encendieron hogueras: observadas estas señales por la tripulación del buque, echaron al agua el esquife, que se acercó hasta el témpano de hielo que rodeaba la playa. Nuestros insulares corrieron al encuentro de sus libertadores; se hicieron trasladar al navío, y mediante la promesa de ochenta rublos en indemnización del gasto que habían de ocasionar, obtuvieron el embarque de sus escasas riquezas, consistentes en doscientas libras de grasa de renjifero, en pieles también de renjifero, de osos y zorros: es supérfluo advertir no olvidarían sus lanzas arcos y flechas, que á partir de aquel momento debían relegarse al arsenal de objetos de curiosidad.

Su cautividad en aquella isla de hielo se había prolongado seis años. Desembarcaron en Arcángel

(1) Muchos viajeros atestiguan hechos de esta naturaleza: el autor de estas relaciones dice que navegando por las brumosas costas del Perú, le pareció en cierta ocasión divisar una escuadra al límite del horizonte.

el 28 de Setiembre de 1749: la esposa de Alejo se hallaba accidentalmente en la orilla, y cuando supo que su marido acababa de llegar, se arrojó tan presurosamente en un bote del puerto para salir á abrazarle, que cayó al mar y costó mucho trabajo poder salvarla.

El auditor en jefe del almirantazgo de Arcángel interrogó separadamente á cada uno de los marineros, é instruyó un espendiente verbal de sus respuestas; en ellas resultó la mas perfecta conformidad.

III.

INVIERNO EN LOS HIELOS DEL NORTE, POR EL CAPITAN ROSS.

(á fines del año 1829) (1).

El 1.º de octubre, durante la noche, descendió bruscamente el termómetro á diez y siete grados; al amanecer se puso nebuloso el cielo y subió la temperatura á veinte y uno (2), pero como estuvo nevando todo el día, no pudimos subir á las alturas inmediatas, y nos limitamos á explorar el pequeño puerto en que nos hallábamos (3); este vimos con placer que ofrecía seguridad y abrigo; pues por efecto de la configuración de la costa, presentaba una especie de fortificación, merced á la cual no teníamos que temer el movimiento de los hielos y sus caprichosos y peligrosos cambios y evoluciones.

Hasta entonces los esfuerzos y trabajos del momento nos habían secuestrado la facultad de pensar en el porvenir; pero llegado el momento de inacción llegó también el de reflexionar. Al cerrarse por primera vez la puerta de la prisión, asaltó de pronto á la mente de todos la idea de los siniestros meses de detención.

Descubrimos algunas huellas de liebre, y dimos caza á alguna de ellas que pagaron con la vida: habían mudado el pelo suyo por el blanco, mudanza que se verificó antes que el suelo se cubriese de nieve. Hallamos también algunos lazos distos por los esquimoles, y montones de piedras que afectaban formas humanas, dispuestos para asustar los renjiferos y hacerles tomar dirección hácia las emboscadas que les tienen preparadas.

La tripulación iba diariamente á tierra á fin de pasear; construimos en la isla un almacén de pólvora, y por esta razón la llamábamos isla del Almacén. Ecsaminamos nuestras provisiones y calculamos que nos quedaba combustible para setecientos días, y víveres para dos años y diez meses á ración completa. El aceite y el sebo debían durarnos tanto como las demás provisiones, contando con el que podría proporcionarnos la caza de osos y becerros marinos.

(1) Extractado de la *Biblioteca general de viajes*, de Alberto Montemont, tom. XL.

(2) Termómetro de Fahrenheit; veinte y un grados en la escala de esto representan próximamente nueve grados de Reaumur.

(3) La latitud era setenta grados y la longitud de noventa y dos y cuarenta minutos, á partir del meridiano de Greenwich.

El 18 de Octubre, aunque en calma y con tiempo sereno, bajó el termómetro á un grado: el 20 á dos grados, y á cuatro al día siguiente. Se comenzó la construcción de una techumbre que abrigase de la intemperie el puente de nuestro buque (1) disponiendo su interior de modo que el calor estuviese uniformemente distribuido. Colocamos encima de las calderas unos receptáculos de hierro para facilitar la condensación del vapor, y evitar las grandes molestias que podía ocasionar esparciéndose por la embarcación. En el entrepuente en que había humedad y donde podíamos mantener un calor medio de cincuenta y cinco, estaba instalada la tripulación.

La temperatura bajó el 27 de Octubre á trece grados; pero nuestra techumbre estaba concluida y nuestro barco convertido en una habitación seca y abrigada. Los marineros dormían en hamacas que se recogían á las seis de la mañana y se tendían á las diez de la noche. El piso se cubría todos los días de arena caliente, y se le frotaba con ella hasta las ocho de la mañana, hora del desayuno: se designaron los líneas para el lavado de ropa, la cual se enjugaba al fuego. Pusimos en el puente una capa de nieve, que convertida despues en masa consistente de hielo, y cubierta de arena, le daba en seguida el aspecto de un piso allanado á fuerza de rulo. Resguardaba este piso la cubierta, y por los costados bastidores hechos con lona de velas. Cuando los montones de nieve helada llegaron al nivel de los bordes del barco, quedó entre aquella especie de mortaja completamente resguardado de la acción de los vientos.

Desde las seis de la mañana á las nueve era suficiente la cocina de vapor para preparar los alimentos y elevar la temperatura del navío, y por la noche hacia el mismo efecto el calor del horno de pan. Cuando permitía el tiempo salir fuera de nuestro castillo, trabajaban los hombres de la tripulación hasta las tres ó las cuatro; y cuando esto no era posible se les prescribía cierto número de horas de paseo bajo la cubierta del puente. Por la noche se les tenía en academia desde las seis á las nueve, despues de lo cual se acostaban. El domingo se empleaba en leer la Santa Escritura, en cuyo ejercicio alternaban todos, y despues se cantaban los salmos. Esta instrucción y observancias religiosas hizo comprender á nuestros marinos que pertenecían á una sola y misma familia, y fué causa de que reinase á bordo una tranquilidad y regularidad de conducta muy poco comunes generalmente á bordo de los buques.

El 17 de Noviembre ofreció el sol un fenómeno admirable. El centro del astro se hallaba oscurecido por una nube, y esta por efecto de aquel, pre-

(1) El marino Parry partió de Inglaterra el 10 de Mayo de 1824: á últimos del mes de Octubre estableció su cuartel de invierno en el puerto Bowen, no pudiendo tornar al mar hasta el 20 de Julio de 1825. El 25 la *Fury* se hizo pedazos contra los hielos, y la tripulación pasó á *Hecla*, y regresó á Inglaterra despues de depositar en tierra los víveres y aparejos que no pudo trasbordar. Los víveres y utensilios de la *Fury* fueron de la mayor utilidad al capitán Ross *cuatro años despues*: el velamen de la *Fury* sirvió para la techumbre de la *Victory*.